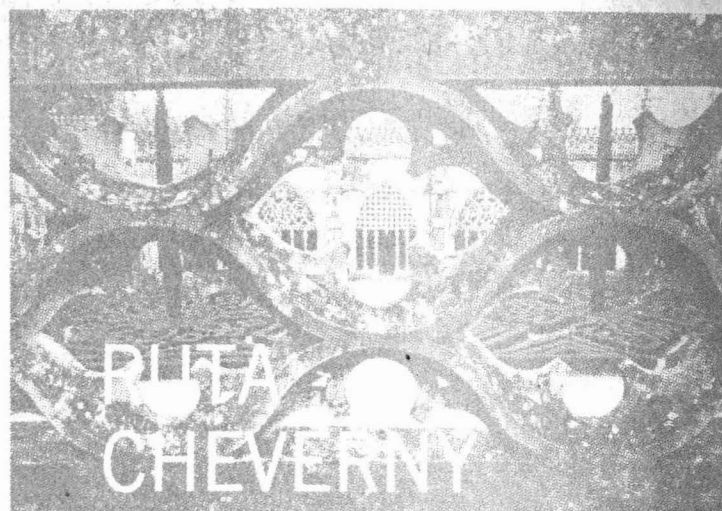


Jorge Aguilar Mora



Ahí estaba, simétrica, perfecta, olvidada casi por la descripción. Entregada. La carretera estrictamente recta y clavada sin arrepentimiento en la puerta del jardín. Al fondo, el castillo fundado ya por la visita o por la precipitación de un saber acondicionado. La distinguí: ahí estaba: el regreso de la luz me lo advirtió. Detuve el coche. Sin comparación el silencio se detenía en las orillas de la carretera. Al apoyar mi pie, falso, en la arena, el frotamiento se precipitó como un chillido de fuego para estallar en sus ojos. No parpadeó, no lo supe. Me había detenido a más de doscientos metros de la puerta y ella se detenía con su impermeable gris, debajo un vestido verde —tú sabes por qué era verde, por qué necesitaba ser verde—, y debajo la ropa interior que yo le había regalado. No supe, no parpadeó, pero el menor movimiento se reproducía bajo el silencio y tocaba las extremidades. El castillo detrás: fundado en mi sorpresa. Después de todo yo había seguido sus instrucciones, sin excusa. Conque fue en Cheverny, ¿no? Donde menos me lo imaginaba, Cheverny, ni siquiera anotado en el mapa que me había mandado el día anterior.

Seguiré la ruta, la encontraré en el sitio que ya eligió sin advertirme, y tal vez, al llegar a París, cuando crea perdida toda la longitud del encuentro, me detendré en la Place d'Italie o en cualquier calle improvisada, infaliblemente ubicua. Pero no lo es, y tampoco —dije— es una trampa o una farsa, o también si ha decidido hacerme salir de mi ciudad, de nuestra ciudad, para revisarla sin tregua y sin mi presencia. La nuestra, la de entonces, la de allá o también si me ha seguido desde que salí de mi casa, de nuestra casa, la de aquí, la de ahora: ahora: la ropa que yo le había regalado seguramente conservada para este día porque con el uso de estos meses... el impermeable gris guardado en un ropero y aprovechado... la ropa verde, indistinta, porque todos sus vestidos son verdes —tú sabes por qué verdes, sólo tú—, pero no ahora, pero no así: hubiera sido creíble encontrarla en algún restorán, en algún hotel, todos señalados y previstos, pero no aquí, al atardecer, con un frío de poca madre y para colmo a punto de llover. Cerré la ventanilla, dejé atrás el último árbol, y al sacar el cigarro, sin verla, sin saberla, aún, todavía, la profeticé. Fue. Estaba. El coche se deslizó en el último impulso y frené, a más de doscientos metros de la puerta. Precisa y femenina. Bajé. Ella, la de aquí, la de ahora: al cojear sin remedio, entiendo y memorizo que todo es una trampa y una farsa en su perfecta ubicuidad de ausencia.

Perfección, ubicuidad, ausencia: tres palabras que no te olvidaré, como tampoco tu color de insignia.

Dijo nuestra ciudad. Postergar el posesivo sería colocar —todavía— el punto en su lugar menos estricto. Así que comenzamos.

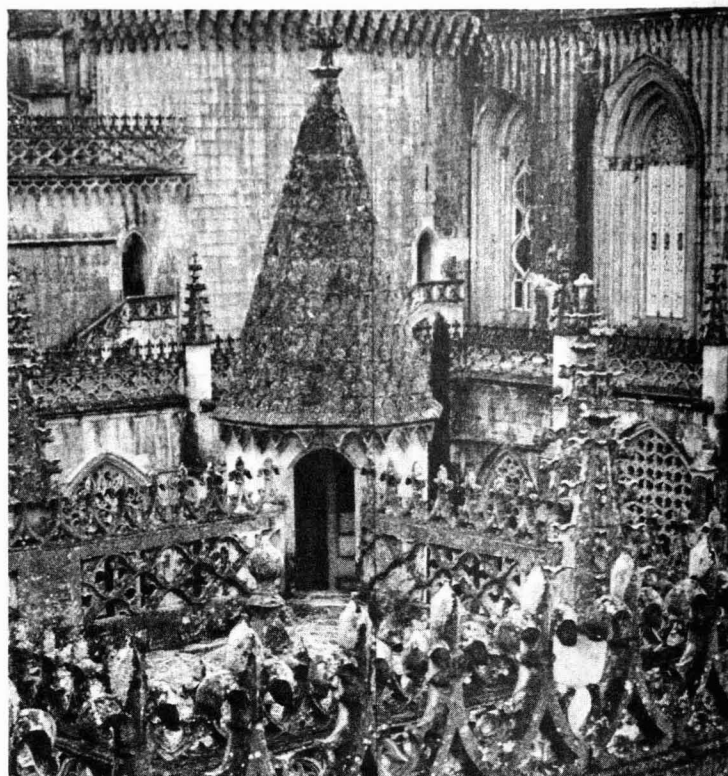
Cuando salieron de México ella dejaba sin palabras toda una

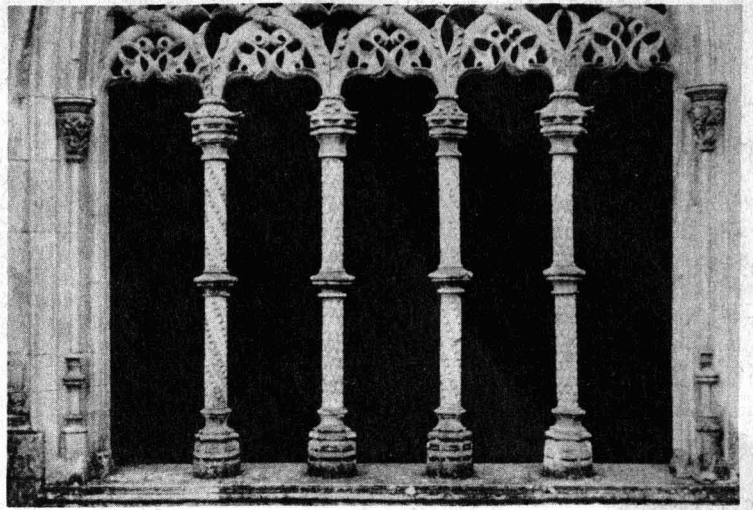
costumbre de barajas perdidas y de parabrisas descompuestos: obligaciones del destiempo, lluvias del impedimento; dejaba entonces las quietudes que la volvían permanecida en el asiento lateral del coche y los impulsos que le entregaban, al abrir una puerta nueva de una nueva visita que cumplía, el instantáneo (justo en el momento de su entrada) abandono de los cuartos: como si todo fuera trascendente: o tomar un camión (casual) o comer los domingos en casa del árbol genealógico (ritual) o asistir sin convicción a la comunión de los domingos (causal) o disfrutar de enchiladas en Koeala (penitencial) o café capuchino en el Tel Aviv (personal) o cuidar a las niñas del amigo más querido (radical) o preferir a la amiga más aburrida (nocturnal) o ser adivinada con el solitario de la prima más sufrienda (coloquial):

aumentativos:

y él dejaba

la figura de casualidad, de rito, de causa, de penitencia, de persona conjugable, de radicalismo absorbente, en las tardes lluviosas de nocturno aproximado a la soledad que no entendía o no veía, de coloquio siempre imprevisto en la selección abundante de los títulos para un sueño, para la siesta, para sopor: o no dejaban





nada, sentados y dilucidando lo que sería la aventura pero al fin solos, como nunca solos, rodeados sin embargo de referencias ineludibles en el eufemismo: dijo tú sabes por qué verdes, sólo tú: postergar la curiosidad o el conocimiento que ella alardea hacia el símbolo de esperanza es corroborar la intolerable convicción de lo que ya está podrido o de lo que nunca ha estado y sólo fue una involuntaria alusión que de golpe comprobó.

Pero más tarde y cuando evitarla era negarse lo que escribía en una fecha o en un sobre. Dijo ella, la de aquí, la de ahora: no existía porque nunca existió desde el momento de bajar del barco en un puerto que no citaron y tomar el tren a la ciudad que él llamó nuestra. Dos nombres que se resumen: Nicole y Danièle la veían ahora como la mujer de aquí pero sin tiempo, cuando él la presentaba con el gesto que le decía ser la mujer de ahora pero sin lugar. Daba la mano, pero era un instante y una misma geometría que no preveía o que de todos modos rechazaba. Luego, los rencores de siempre junto con los ritos y la conciencia del destierro, del destiempo: no era ella en la pasión que él le demostraba ausente, no quería hacerlo y doblegarse a la certidumbre de una fuerza o de una debilidad: nadie, no, al fin y al cabo, nadie estaba junto a ella o estaba el dato de su partida que ella escribió como la venganza de su costumbre. Ida. Irrecuperable. Sin voz, sin recuerdos, sin pasos, la mirada que recibía ella, sin voz, sin recuerdos, sin pasos, era desaparición.

Caminé lentamente, cojeando, fumando, iluminándome con los faros del coche, maldiciendo lo que me obligaba —aún y siempre— a recoger su ausencia o el mismo nombre que me diría aquella mujer recargada contra la puerta del jardín que se abre al castillo de Cheverny con un acento inconfundible de obedecer a la semejanza que yo maldigo, ilumino, fumo, cojeo, camino y me detengo.

A cincuenta metros ella me vería —y me ha visto desde que percibió, aún lejanas, las luces del coche—, pero se niega y se quita el zapato sacudiéndolo de arena. Casi impuntual y castrada. En reflejo, en postura de espejo, en parecido, caminaría los metros que me agotan y no lo hace. Por pendejo. Por lo mismo que me llevó a librarla inútilmente de una costumbre fundada en el arrepentimiento y morirme mutilado. Esta pierna que agoniza de nostalgia, esta tarde o esta noche, suficientes en su traducción de una a otra, de río a mar, de vaso a vaso, de costura a costura cuando traté de detenerla y caí. Y no era cierto, no era cierto antes, no era cierto cuando ella no lo sabía, no era cierto cuando la llamé, agotado e inválido y ella lo supo, entonces fue cuando lo dijo, imperturbable, incoherente, ida ya de regreso con la información que ahorró todas las tardes desde nuestra llegada, y lo que dijo fue que sólo ella sabía por qué usaba vestidos verdes y sólo verdes y un impermeable gris y unas botas blancas y medias

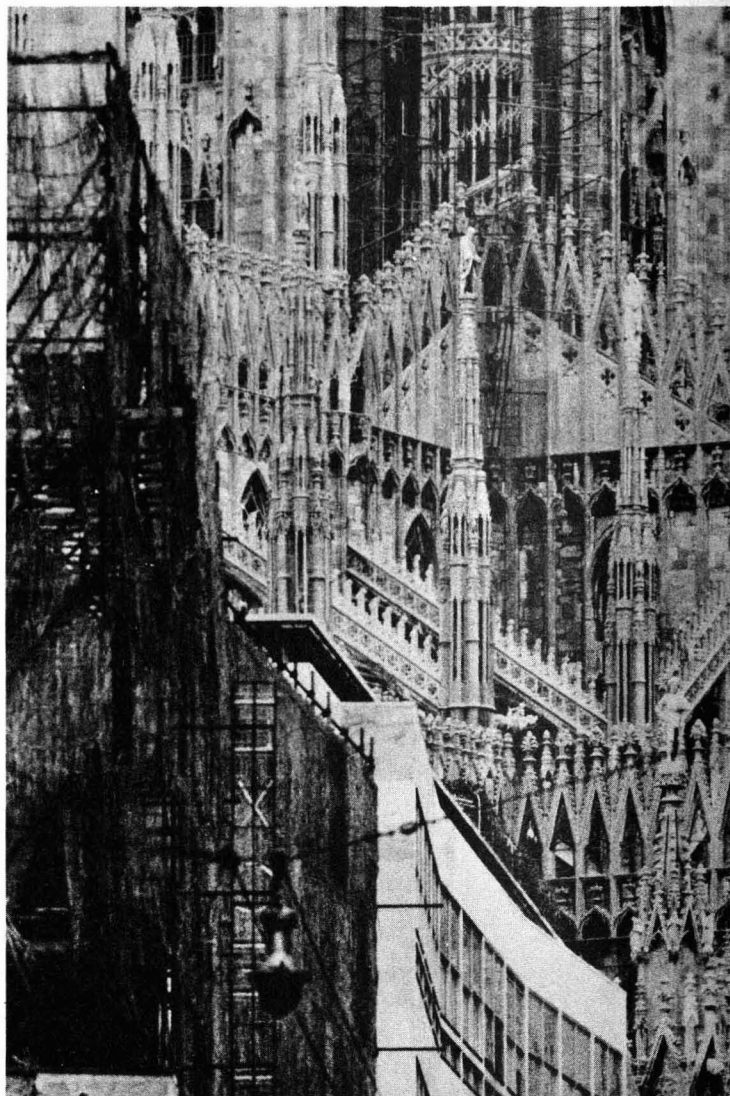
blancas y la ropa interior que yo le regalé, en una frase y con un boleto. Se iba dije yo. Valía la pena —digo ahora— llorar un poco por ella pero no por mí. Pero llorarla y entonces mejor entonces todo era tan imposible tan doloroso tan comentable que elaborar la metáfora de una distancia no lo entendería. Nuestra ciudad a solas guardaba las inscripciones de lo que nunca nos atrevimos a recoger dos veces por su presentimiento de que al hacerlo ella vomitaría la fuerza que no era suya, descubriéndose entera en un saqueo diminuto y obstinado de rasgos que se fue agregando con los siglos y el deterioro, con la momificación y restauración, con las revoluciones e inquisiciones, con los clásicos y barrocos, con las lecturas de alguien que detrás de ella la odiaba pero la enmascaraba en sus frases y en su juego de contrarios renacentistas. No alcanzó a llevarse las cartas, regadas en el baño, en el comedor, en nuestro cuarto, puestas una a una en el sitio exacto de la cifra que iniciaba su desesperación. Azarosas, Nicole y Danièle estaban, lo recuerdo, cuando la invalidez era un acento, un punto final o casi lo mismo que un recibimiento —venganza de su costumbre o vómito de su debilidad y saqueo— al bajar del barco en el puerto que no citamos. Hubiera sido lo mismo si no hubiera sido nuestra ciudad, ridículo, obstinado, inválido y sucio. Para la fecha sus nombres: Nicole y Danièle o sólo ellas subiendo al coche y esperándose mientras hay algo que se dice de nuevo cuando un cambio de estación es lo mismo que la piel: tuya y erizada, única.

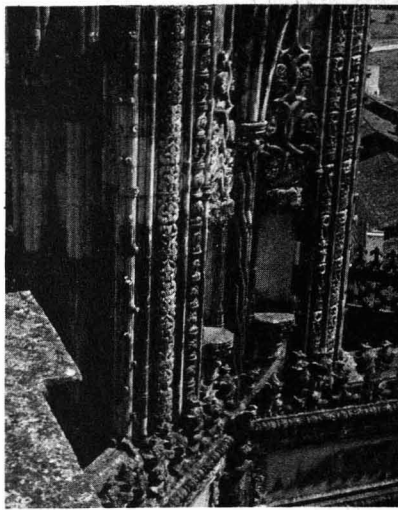
Dijo tuya y erizada, única. Pero siguió avanzando y maldiciendo por no haber bajado el abrigo. Buscando en los bolsillos la carta o las dos cartas y sólo encontró la reciente, no la de convalecencia; las dos cartas que le darían una identificación ante la mujer y una legalidad de venganza ante ella. Cosas distintas dos cartas, mismas. Cuando salió del hospital Nicole y Danièle le pidieron que quemara la carta que había recibido y que él exponía como una medalla con un seguro sobre la solapa de su saco. Y luego los tres salieron a Saint Jean de Luz. Lo cotidiano de aquel verano lleno de fornicación y baños en las playas de Biarritz le regresaron de nuevo el sentido de su parodia, altamente construida sobre los pedazos de una burla que no le correspondía, carente de dirección, como él lo dijo una tarde cuando Nicole le depositó el paquete de cigarros sobre la cama todavía en aquel hospital del siglo XVII y todavía familiarizado con una ruina que le crecía en las uñas. A su alrededor. Venida de un país que no existe, como se dijo cuando Danièle se comía el pastel que le daban todas las tardes. Y como luego ella afirmó cuando vio los timbres y el remitente sin encontrarles similitud. Y al salir estaban las dos en el Peugeot abriendo la puerta Nicole, manejando Danièle y hablando del disco nuevo, de la nueva estación, del pájaro nuevo, del sillón nuevo, de su pierna nueva. Sin dirección y de un país inexistente que no admitía remitentes, la carta se volvió ceniza entre los cigarros que

depositaban en el restorán al regreso de la playa, después de acomodarse una vez más a aquellos cuerpos, singulares en la intimidad, acompañados y conocidos. Cada una en el diálogo y en el corredor del hotel, convergentes, acentuaban en el coito la ausencia que les correspondía cuando no estaba Nicole con él y Danièle con él, cuando no estaba Danièle con él y Nicole con él. Como un juego de palabras en dos idiomas, como la vibración que le imprimía Léonard Cohen al delirio de la carretera justo al amanecer después de haber desayunado, y los tres, uno por uno, completaban el sueño de las puertas, números contiguos. O la otra carta, la reciente, impresa con linotipo anacrónico e indagadora de una intimidad suspendida por la partida de Nicole y Danièle a París, escribiéndole cartas conjuntas cada semana. O la carta reciente, la que sí traía, la que comprobaba una fidelidad inválida y una traición semanal: cuando la percibió no pudo abrir la carta de Nicole y Danièle. Leyó y subrayó, cinco, tres, ocho veces, ordenando las provisiones y los mapas. Una trampa y una farsa, él súbito, ordena que le alquilen un coche, que le compren mapas, que le den presupuestos de los hoteles de Angoulême y de los restaurantes de Poitiers. Y sale, fijo, fechable, memorable.

Salida de Saint Jean de Luz a las 6 de la tarde: las indicaciones precisas lo sitúan en Angoulême entre las 11 y media y la medianoche en el hotel Le Départ. Pero las indicaciones, insidiosas, le sugieren que la cita se puede prolongar hasta París o hasta el infinito: tal vez ella lo está esperando en el único restorán de Bergerac que ofrece el menú turístico a diez francos, tal vez esté en el cuarto contiguo al suyo en Angoulême o tal vez en el desayuno ella aparezca o en el momento de salir, a las 9 en punto según las instrucciones, y abrir la portezuela del coche, o en el restorán Le Château de la Loire en el centro de Poitiers, a las 12 y media, donde debe de comer, o en Argenton tal vez sea ella quien le atienda para llenar el tanque de gasolina, tal vez sea alguna mesera, o en Blois donde se detiene a tomar un café y enterarse de la muerte de antiguos generales y antiguas glorias ella está sentada en otra mesa y lo llama con el mesero o el mesero le dice que alguien lo está esperando en Chambord, exactamente en la sala de armas del castillo, o en Orléans ella sale de la catedral donde él tiene que estacionar el coche (indicación número treintainueve), o es la mujer que pasa mientras él toma la merienda, chocolate con un pain aux raisins, o ella le detiene la mano cuando se dirige al coche a las 9 en punto o es el coche que lo sigue desde que salió de la ciudad o en Artenay el Porsche que se le cruza lo cruzó ella o en Etampes o en la autopista del sur alguien le muestra un libro de Cortázar y lo detiene y se le cierra en un Peugeot igual al suyo o en la Place d'Italie ella le pide un aventón o definitivamente está en el último punto del recorrido, a las once y media, ordenando una brochette en el restorán griego de la rue de La Harpe y apartándole su asiento o tal vez no esté nunca, o tal vez esté ahora

en Saint Jean de Luz, mientras él pide una brochette de ternera y apartándole un lugar y una botella de Beaujolais, revisando nuestra ciudad, la ciudad y su cuarto en busca de la señal que no pudo llevarse, de la debilidad que dejó, de la fuerza que él le ha arrancado desde lejos sin contestarle su carta, cojeando para todos los siglos y para todos los anacronismos, la señal o el parentesco incestuoso de Nicole y Danièle, abriendo la carta que él dejó sobre su mesa y releendo, antigua, simétrica, perfecta, olvidada casi por la descripción, ahí está leyendo la carta de convalecencia, su carta,





su burla fundada en el fragmento, en la mentira, en el engaño de su propia ortografía, en la huella de una lágrima de gotero, de plástico, en la osadía de un pasado que nunca recuperó y que ahora viene a recoger, sin encontrarlo. Está ahí, seguro, ella y no el pasado porque éste se fue con mi mutilación, con el lento ejercicio para encontrar otra vez el espacio de los cuerpos, en la arena de Biarritz, en el entusiasmo de Nicole y la paciencia de Danièle, en el regocijo de Danièle y la nostalgia de Nicole. Pero no aquí, no en Cheverny, son chingaderas y una vez que llegue te diré que no la jodas, que ni siquiera estaba fijada la hora en Cheverny (en el lugar más próximo, Blois, tengo que tomar un té en el café Menars, un té durante 20 minutos exactos y el mesero me dice que alguien me está esperando en la sala de armas de Chambord). Y sigo cojeando y antes de revelarte mi inmundicia calidad de enfermo sé, ya, que todo es una trampa y una farsa en tu perfecta ubicuidad de ausencia: tres palabras que no me olvidarás.

El olvido se resiste por escrito: toda palabra escrita ahoga la memoria y vuelve nómada al olvido. Antigua dedicatoria de olvido: fue la frase que había escrito ella, enigmática, en un renglón de la carta y nada era más mentira: nadie olvida lo que ha escrito o la palabra impresa no se olvida a sí misma y cojeaba más o no tenía brazos o le habían cortado la lengua en alguna guerra lapidaria sin la otra carta, la otra. La que había dejado olvidada: para mostrarla a la mujer, para identificarse y ser alguien y tener la esperanza de convencerla, de hacerle decir la historia que, ahora, sin la carta, nunca conocerá. La historia que nadie pronunció excepto el culpable, y el culpable no relata, el culpable huye de un hotel de Saint Jean de Luz después de haber revisado un cuarto sin encontrar la huella, sólo su rostro antiguo dedicado al olvido en una carta que le dirigió, a él, cuando convalecía en el hospital. Ella le pidió su identificación: él hubiera podido retroceder, más inválido que nunca, subir de nuevo al coche y regresar por el mismo camino o seguir hasta París y buscar a Nicole, para encontrar a Danièle. Con el primer movimiento de ella, al incorporarse de la puerta metálica y cerrada, supo que no lo era, que el impermeable gris era el mismo, y el verde y las botas y el blanco pero no ella. Más vieja, con un acento fingido, semejante, simétrica, le pidió la prueba de ser él a quien ella esperaba. El no pidió nada. Más vieja, irreconocida, distinta: preguntó cuánto le habían pagado. Preguntó dónde estaba ella, por qué la trampa, por qué la farsa de prestar incluso su recuerdo, su ropa, su pintura y hasta su paso, por qué la semejanza: subieron al coche y ella volvió a fingir ordenándole regresar a Angoulême. Por qué, preguntó al bajar del coche frente al mismo hotel. Pero ella sólo había pedido su identificación y el regreso. La ciudad, nuestra ciudad, son chingaderas: Saint Jean de Luz, su cuarto, saqueo, ellos en el mismo cuarto, interrogaciones, silencio, Angoulême, coito y silencio, la carta otra vez, dinero, silencio: ella vio el dinero que él dejaba

sobre la mesa y le dijo que lo recogiera porque ya le habían pagado. Lo contó de nuevo, lo guardó, bajó, de nuevo inválido, y eran otra vez, en punto, las nueve de la mañana. Todavía con la bruma de la mañana alcanzó Brantôme y Périgueux, cerca de Bergerac el sol lo deslumbraba, al cruzar Marmande supo que no había dormido en toda la noche, y pasando el mediodía, cuando reconocía de nuevo las flechas de desviación hacia Biarritz y los alrededores de Saint Jean de Luz, estaba, ahí, convencido, y por última vez quizá, de la gemela proximidad del mar.

